



La Vida Vence

“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10, 10)



LA VIDA VENCE

“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”
(Juan 10, 10)

I. INTRODUCCIÓN:

La esperanza que brota de Cristo, Fuente de toda vida, sigue iluminando la historia y sosteniendo nuestra misión. Por eso, quienes confesamos nuestra fe en Él estamos llamados a anunciar siempre que la vida está por encima de toda sombra de muerte, incluso en este tiempo en que pareciera que la muerte se cierne como una nube oscura en el horizonte. Hemos de hacerlo con palabras y acciones que inviten a muchos a seguir al Señor. El plan de Dios es un proyecto de luz y vida en plenitud, diseñado completamente para nuestro bien, pues hemos sido creados a su "imagen y semejanza" (Gn 1,27).

Dios nos llama constantemente a colaborar con su designio de amor, un proyecto de vida que nace de Él y está orientado a la plenitud de todo ser humano. Nos invita, sin distinción alguna, a descubrir la verdad más profunda de nuestra existencia: somos hijos en su Hijo Jesucristo, y solo en Él encontramos el sentido pleno de nuestra vida y de nuestra vocación. No podemos responder al plan de Dios al margen de Aquel que es la Fuente de la vida, pues únicamente permaneciendo en Él se sacian las aspiraciones más hondas del corazón humano y se evita caer en las falsas promesas de una cultura que, con frecuencia, conduce al vacío y al sinsentido. Como recuerda la Instrucción *Donum Vitae*, «la vida humana es sagrada porque, desde su inicio, comporta la acción creadora de Dios y permanece siempre en una relación especial con el Creador, su único fin».¹ Desde esta certeza, reconocemos que toda vida humana es un don sagrado que debe ser acogido, protegido, promovido y servido con amor, responsabilidad y esperanza.

Invito a que, en esta Solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María en cuerpo y alma al cielo, día en que en nuestro país celebramos también a todas

¹ Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción *Donum Vitae* sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación. Respuestas a algunas cuestiones de actualidad, 22 de febrero de 1987, Introducción, n. 5.

las madres, contemplemos a María como portadora y protectora de la Vida. Ella acogió con un «sí» generoso el designio de Dios, llevó en su seno al Hijo eterno del Padre, lo cuidó con amor desde su concepción, lo protegió en los momentos de peligro —como en la huida a Egipto— y permaneció fiel junto a la cruz, convirtiéndose en modelo de toda persona llamada a custodiar el don de la vida. Siguiendo su ejemplo, respondamos con generosidad al llamado de Dios a colaborar con su plan de salvación, con la certeza de que toda vida humana es un don sagrado que debe ser acogido, protegido, promovido y servido con amor y esperanza.

II. Fijemos nuestra mirada en:

1. Una mujer vestida de sol:

El reconocimiento de la dignidad de la mujer en todos los ámbitos de la vida constituye uno de los signos más significativos de nuestro tiempo. Esta convicción encuentra un sólido fundamento en el Evangelio, donde Jesucristo dignifica a la mujer, rompe las barreras culturales de su época y le confía una misión insustituible en la historia de la salvación. No deja de ser profundamente elocuente que la primera persona en recibir el anuncio y la misión de proclamar la Resurrección del Señor fuera una mujer: María Magdalena, de quien el mismo Jesús había transformado su vida (cf. Lc 8,2; Jn 20,11-18). En una sociedad que con frecuencia relegaba el testimonio femenino, Cristo la convirtió en la primera testigo del acontecimiento central de nuestra fe, manifestando así que, para Dios, la dignidad y la misión de la persona no dependen de su condición social, de su pasado ni de los prejuicios humanos, sino de su respuesta libre y fiel a la gracia.

Pero, por encima de todas ellas, resplandece la figura de la Santísima Virgen María, quien, con fe inquebrantable, libertad plena y admirable valentía, acogió el llamado de Dios a ser la Madre de su Hijo. Consciente de las consecuencias que su respuesta podía acarrearle, no permitió que el temor prevaleciera sobre la confianza, sino que puso por encima de todo su fidelidad a la voluntad del Dios viviente: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). En su disponibilidad total al designio divino, María se convierte en modelo de toda persona que acoge, custodia y sirve el don de la vida. Recibe con plena confianza, primero

en su corazón y luego en su seno², al Niño Dios y por Él a todos sus hermanos redimidos en su cruz y resurrección.

La historia de fe de la Virgen María constituye una buena noticia para toda la humanidad. En ella contemplamos el triunfo de la gracia sobre el pecado, de la vida sobre la muerte y de la esperanza sobre el desaliento. Ese es el mensaje que deseo traer a la memoria de quienes peregrinamos en la fe y la esperanza, así como de todas las personas de buena voluntad de nuestra Arquidiócesis de San José. El Concilio Vaticano II nos recuerda que, mientras peregrina en este mundo, la Iglesia contempla en la Santísima Virgen «el signo de la esperanza cierta y del consuelo hasta que llegue el día del Señor»³. Desde esta mirada eclesial comprendemos mejor la visión del Apocalipsis, que presenta «una gran señal en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (Ap 12,1). En María, primera redimida y miembro eminente de la Iglesia, esa imagen alcanza una realización singular, pues en ella resplandece anticipadamente la gloria que Dios promete a todo su Pueblo.

2. María, mujer dadora de vida.

Cuando María acoge con fe el anuncio del arcángel Gabriel y pronuncia su «hágase» (cf. Lc 1,38), el Verbo eterno del Padre toma carne en su seno virginal y ella se convierte, por la acción del Espíritu Santo, en testigo privilegiada y colaboradora singular del misterio de la Encarnación. En ese instante culmina la historia de la promesa y comienza la plenitud de los tiempos (cf. Ga 4,4): el Hijo de Dios, «siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo» (Flp 2,6-7). La Encarnación constituye la manifestación suprema del amor de Dios por la humanidad (cf. Jn 3,16): el Dios uno y trino, que creó al ser humano a su imagen y semejanza (cf. Gn 1,27), quiso asumir plenamente nuestra condición, excepto en el pecado, haciendo del seno de una mujer el primer santuario de la Vida hecha carne (cf. Jn 1,14). Allí, en el silencio de Nazaret, la infinita grandeza de Dios abrazó la pequeñez de nuestra condición humana. El Hijo eterno del Padre asumió nuestra carne para compartir plenamente nuestra

² SAN AGUSTÍN, Sermón 215, 4.

³ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia (21 de noviembre de 1964), n. 68.

historia y elevarnos, por la gracia, a la dignidad de hijos de Dios en Él. En el seno de María, Dios se hizo cercano para que la humanidad pudiera descubrir nuevamente la grandeza de su propia vocación: participar de la vida divina y vivir como hijos amados del Padre.

El amor de Dios, que nos creó a su imagen y semejanza, no permaneció distante ante la fragilidad humana, sino que quiso entrar en nuestra historia para liberarnos del pecado, de la mentira y de la muerte. En este designio de salvación, María fue llamada a acoger en su seno al Hijo eterno del Padre y a recorrer, con una fe firme, el camino que Dios le señalaba. Al pronunciar su «sí» (cf. Lc 1,38), puso toda su existencia en las manos del Señor, aceptando las incomprensiones, los riesgos y los sufrimientos que acompañarían su respuesta. Pero el Espíritu Santo, que la cubrió con su sombra (cf. Lc 1,35), la sostuvo en la fidelidad y la convirtió en la Madre del Salvador y en la primera discípula de Cristo.

Por eso, es dichoso quien, siguiendo el ejemplo de María, no teme entregar su propia existencia para acoger la novedad transformadora del Evangelio, pues solo quien se abandona al amor de Dios descubre la verdadera libertad, aquella que busca siempre el bien, actúa con rectitud de corazón y se desborda en misericordia. El Concilio Vaticano II nos recuerda que «el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud sino en la entrega sincera de sí mismo a los demás».⁴ María es expresión luminosa de esta verdad: al entregar enteramente su vida al designio de Dios, encontró la plenitud de su existencia en el amor que acoge, sirve y genera vida para los demás.

3. La esperanza con rostro femenino

Iluminados por nuestra fe cristiana, podemos afirmar que la presencia de la mujer en todos los ámbitos de la vida constituye una fuerza de esperanza que permite mirar más allá de las circunstancias presentes con confianza renovada. De manera particular, el don de la maternidad revela una verdad profunda sobre el amor humano: la vida recibida como regalo se convierte, a su vez, en un

⁴ Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, 7 de diciembre de 1965, n. 24.

regalo entregado. Allí donde parece imponerse la oscuridad, la mujer que acoge una nueva vida nos recuerda que la esperanza siempre puede abrirse camino.

¿Quién puede permanecer indiferente ante la imagen de una madre que, después del esfuerzo, el dolor y la entrega del parto, estrecha entre sus brazos a su hijo recién nacido y contempla con alegría el fruto de sus entrañas? En ese instante se revela uno de los misterios más hermosos de la existencia humana: el amor que no teme entregarse, que acepta la vulnerabilidad y que incluso se arriesga a sí mismo para hacer posible la vida del otro. Es el lenguaje silencioso de una entrega que nos recuerda que la grandeza humana no está en conservar la vida para uno mismo, sino en ofrecerla por amor.

Esta forma de comprender y vivir la existencia solo es posible cuando la contemplamos desde el Amor Redentor de Cristo, porque la dignidad de la mujer hunde sus raíces en su propia condición de hija de Dios y en la vocación única con la que ha sido llamada a participar en la historia de la salvación. Su presencia, con la riqueza de sus dones y capacidades, aporta una fuerza profundamente humanizadora en la familia, en la sociedad y en la Iglesia, manifestando así la ternura, la acogida y la fecundidad propias del amor de Dios.

Sin embargo, en nuestro tiempo son muchas las realidades que amenazan con oscurecer y desfigurar esta presencia fecunda de la mujer. Entre ellas encontramos toda forma de violencia, discriminación, explotación, cosificación del cuerpo femenino y aquellas visiones que reducen su valor a una función determinada, desconociendo la grandeza integral de su persona. Estas heridas afectan de manera particular a la familia, donde la dignidad de la mujer y su aporte insustituible requieren ser reconocidos, protegidos y promovidos como un bien fundamental para toda la sociedad.

Desde la centralidad de María y a la luz del testimonio de tantas mujeres presentes en la Sagrada Escritura, afirmo que toda mujer está llamada a la plenitud de su vocación humana y cristiana, desarrollando sus dones y capacidades en todos los ámbitos de la vida social. Por el Bautismo, y sostenida por la acción del Espíritu Santo, participa también de la misión evangelizadora de la Iglesia, haciendo visible con su presencia el rostro maternal de Dios, su ternura, cercanía y capacidad de generar vida. Por ello, es necesario seguir reconociendo y promoviendo, con renovado compromiso, la riqueza del aporte femenino en la transmisión de la fe. Nuestra Arquidiócesis ha sido profundamente marcada por la entrega silenciosa y generosa de innumerables

mujeres, cuya presencia, servicio y testimonio evangelizador han sido —y continúan siendo— auténticos signos de esperanza y de vida.

III. En la Sagrada Escritura

1. *El rostro femenino del Evangelio*

El Evangelio, en sentido pleno, es Jesucristo mismo: el Verbo eterno del Padre que se hizo carne, murió y resucitó para la salvación del mundo. En el misterio de su Encarnación, el Hijo de Dios asumió nuestra humanidad y, al hacerlo, reveló la grandeza de la persona humana y la profundidad del amor de Dios. Por eso, todo aquel que permanece unido a Cristo puede convertirse en transparencia de su presencia y anuncio vivo de su Buena Noticia.

Desde esta perspectiva, podemos afirmar que la mujer es también “evangelio”, no porque exista otro Evangelio distinto de Cristo, sino porque, en Él y por Él, su vida está llamada a ser expresión concreta de la ternura, la acogida y la fecundidad del amor de Dios. Creada a imagen y semejanza del Creador y unida a Cristo por el Bautismo e incorporada a su Cuerpo Místico, que es la Iglesia, la mujer participa de la misión evangelizadora y está llamada a anunciar la Buena Noticia con su presencia, su testimonio y sus dones. En este sentido adquiere pleno significado hablar del “evangelio de la mujer”: la manera singular en que la vida de Cristo se hace visible a través de tantas mujeres que, en la familia, en la Iglesia y en la sociedad, generan esperanza, acompañan, sostienen y custodian la vida.

Es buena noticia porque con el hombre ella es creada y redimida: la realidad individual y la vinculación entre sí denota, manifiesta y busca la plenitud conjunta ofrecida por el Dios viviente⁵.

Cada mujer está llamada a descubrir en su propia interioridad, el misterio de su existencia, la riqueza de ser persona y el fundamento último y primero de serlo. Es el encuentro con su propio yo que le abre al descubrimiento de su sed de infinito, plenitud y auténtica libertad. Es el encuentro con su más genuina

⁵Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem*. Carta apostólica sobre la dignidad y la vocación de la mujer con ocasión del Año Mariano (15 de agosto de 1988), n. 7: En la "unidad de los dos" el hombre y la mujer son llamados desde su origen no sólo a existir "uno al lado del otro", o simplemente "juntos", sino que son llamados también a existir recíprocamente, "el uno para el otro".

femineidad. Es el espacio para el auténtico amor, para descubrir como su piedra angular el Amor del Padre.

En el diálogo con la mujer samaritana (cf. Jn 4, 1-26), Jesús revela a toda mujer la existencia de un manantial interior del que brota el agua viva. Ese manantial contrasta con aquellas dimensiones de la propia interioridad que permanecen sin descubrir o que se viven de manera incompleta y superficial. Es la sed de Dios, la sed de un amor capaz de dar sentido a la vida humana y a la historia personal. Allí se abre el espacio para el abrazo restaurador de Dios, que fortalece la identidad, sana las heridas del corazón y libera a la persona para vivir plenamente su vocación y su misión en toda circunstancia de la existencia.

A la mujer hemorroísa Jesús le devuelve la quietud de la vida, después de estar interiormente mortificada y exteriormente excluida por la observancia estricta de las normas de pureza (cf. Mc 5,21-30)⁶. El hecho de que, al tocar el manto de Jesús, la hemorragia de aquella mujer se detuviera de inmediato nos permite afirmar que Cristo es fuente de vida y restauración para toda mujer. Para quien aún está construyendo su identidad como persona; para aquella a quien, de mil maneras, se le ha negado o sofocado la posibilidad de ser ella misma; para quien se resiste a renunciar a la vida y anhela vivirla en plenitud, Jesús se revela como el Amigo, el Hermano y el Enviado del Padre. En Él es posible establecer la relación primera, fundante y plenamente confiable con el Amor del Padre, un amor que sana, dignifica y hace florecer la vida en toda su plenitud.

Sin esta fuente interior de vida poco podrá comprenderse, y asumir su destino, sentir, pensar, escoger, servir y amar sin lastimarse. En el “olvido de Dios”, por parte de Eva y Adán, tiene origen la primera fractura del ser humano, y la primera estocada hiriente de su dignidad.

⁶ “Entonces Jesús se dirige a ella diciéndole: «Hija mía, tu fe te ha salvado, vete en paz y queda ya curada de tu enfermedad». A esa mujer anónima la llama *thygáter*, “hija”, para transmitirle su benevolencia paternal, y le dice que precisamente su fe-confianza ha hecho que él respondiese no solo con la curación, sino salvándola: «Tú fe te ha salvado». Una salvación, la otorgada por Jesús, que va más allá de la curación de la enfermedad y que él promete como una condición duradera. De este modo aquella mujer es readmitida en la vida con los demás, es considerada de nuevo apta para la relación y la comunión, y el tabú de la sangre ha perdido todo su poder segregador [...] Y no solo eso: Jesús declara a esa mujer ejemplar por su fe, esa fe cuya ausencia reprochará a los discípulos. BIANCHI E., *Jesús y las mujeres. Una insólita visión del mundo femenino a través de las palabras de Jesús*, esp., 2018, 34-35.

La salvación está referida no solo al hombre o solo a la mujer, sino en servicio de la integralidad del ser humano, la cual comprende el vínculo varón y mujer. El individualismo de hoy opaca las oportunidades de fecundidad de esta bella complementariedad.

2. *El valor sagrado de ser mujer*

“En la descripción del Génesis (2, 18-25) la mujer es creada por Dios «de la costilla» del hombre y es puesta como otro «yo», es decir, como interlocutora junto al hombre, el cual se siente solo en el mundo de las criaturas animadas que lo circunda y no halla en ninguna de ellas una «ayuda» adecuada a él. La mujer, llamada así a la existencia, es reconocida inmediatamente por el hombre como «carne de su carne y hueso de sus huesos» (cf. Gén 2, 25) y por eso es llamada «mujer».”⁷ Hoy decimos: el ser humano dejó de ser un solitario para ser dos acompañados (interiormente por Dios) y que se acompañan mutuamente en el amor⁸. La persona lo es en sí misma, desde luego, y se construye cuando es reconocida y apreciada en su alta dignidad por quienes comparten su vida. El amor de Dios vivido en la interioridad del corazón fructifica de un modo “personalizado” de vivir con otros, aquí se fundamenta la dimensión “social” del ser humano. Las angustias interiores, las desorientaciones, los miedos y las heridas toman un significado y un rumbo distinto cuando en la intimidad se está acompañado y, en consecuencia, se trata al prójimo como persona y a su vez, se da como persona al prójimo, en respeto y reconocimiento mutuo de la dignidad. Y más claramente cuando esa intimidad está habitada por Dios.

Para los cristianos, la fuerza del Evangelio es camino de madurez interior cuyo feliz resultado es una persona libre, visionaria, constructiva, lo que dará como resultado una vida auténtica, que comparte en las relaciones interpersonales, y en el mismo quehacer social.

Sin esta interioridad no puede construirse un mundo más sano, más cuidadoso de todos, sin discriminación alguna, más pacífico y fraterno. En contraste, hay quienes levantan verdaderos torbellinos que dispersan y anulan la interioridad sana y edificante. En dichos discursos, domina el individualismo extremo, la cosificación del ser humano, el desprecio por la vida y la dignidad de la mujer, ideologías disfrazadas de libertad, que imponen disociación de los auténticos valores femeninos con respecto a la realidad de ser mujer. Sólo desde la mirada amorosa de Dios, que es la que realmente transforma, puede darse un vuelco

⁷ Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, n. 6

⁸ Cfr. Palabras del consentimiento matrimonial. Ritual Sacramento matrimonio. Pág. 52, nn. 97-98

total a esta triste realidad. El eclipse de Dios conlleva la opacidad del ser humano.

3. La belleza de ser complementarios

En el relato de la creación, la mujer es llamada "madre de los vivientes,"⁹ siendo Eva quien, con su existencia inaugura un camino de vida en relación con el varón. Se da así, por una parte, la compañía que es a la vez complementariedad para alcanzar una mayor realización, desarraigar la soledad desgastante y generar una rica interioridad que se vuelve don de la propia existencia; por otra, esa misma compañía es apertura de sociabilidad, de vínculo para un proyecto común. La belleza del amor está en el encuentro que brota de la interioridad habitada por el don de Dios vivo.

Ser varón o mujer no es una realidad meramente biológica o psicológica, es también una condición espiritual. Lo que verdaderamente configura la humanidad es la complementariedad entre el varón y la mujer.¹⁰

4. La mujer bajo la mirada de la redención

Por tanto, el valor intrínseco de la mujer no proviene de los criterios ni de las dinámicas propias de los reinos de este mundo, sino de su vocación a participar de la vida divina. Las lógicas mundanas, lejos de revelar su verdadera identidad, con frecuencia la confunden y la esclavizan mediante la búsqueda del poder, la seducción del hedonismo, la ilusión de la riqueza y la vanidad de un ego efímero e inconstante. En ese contexto, la valiosa misión social de la mujer se ve amenazada cuando se le induce a una forma de alienación de sí misma, sometiéndola al yugo de fuerzas que se presentan como liberadoras, pero que terminan por desfigurar su dignidad y oscurecer la verdad de su vocación.

El varón también está llamado a llevar paz a su corazón en el encuentro interior con su Creador, y a buscar en la mujer la compañía edificante de una nueva humanidad, madura, libre y en auténtico amor. La ruptura con Dios en el

⁹ «El hombre llamó Eva a su mujer, por ser ella la madre de todos los vivientes.» (Gn 3,20)

¹⁰ Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2333

«Corresponde a cada uno, hombre y mujer, reconocer y aceptar su identidad sexual. La diferencia y la complementariedad físicas, morales y espirituales están orientadas a los bienes del matrimonio y al desarrollo de la vida familiar.»

corazón del hombre y de la mujer, distorsiona la relación entre ambos, proyectándose continuamente en las relaciones familiares y sociales, por el afán de dominio que excluye al otro del propio horizonte de vida y realización. La construcción de las relaciones humanas que desde Cristo se nos propone, comenzando por las del hombre y la mujer, es la garantía para la edificación de un mundo más humano y “más resplandeciente” por ser conducido por el “amor divino”.

Conviene insistir en que, con la creación de la mujer, el libro del Génesis presenta un principio originario e indispensable para la vida social. La mujer no aparece como un añadido a la creación del varón, sino como aquella que hace posible la comunión de personas, de modo que ambos, llamados a ser «una sola carne» (Gn 2,24), transforman el «yo» individual en un «nosotros». Desde el designio creador, la existencia humana está orientada a la relación, a la reciprocidad y al don de sí; por ello, la familia y toda auténtica convivencia social encuentran en la complementariedad entre el varón y la mujer su fundamento primero.

En el proyecto creador de Dios no tienen cabida la violencia, la división ni la muerte como principios constitutivos de la existencia humana. Al contemplar su obra, Dios «vio cuanto había hecho, y todo estaba muy bien» (Gn 1,31). El ser humano, creado como varón y mujer, es bueno en su naturaleza y está llamado a la comunión. Sin embargo, el origen de la división y de la violencia no se encuentra en la creación misma, sino en la ruptura interior provocada por el pecado. La mentira del maligno sembró la desconfianza hacia Dios, negando su paternidad amorosa y misericordiosa y quebrando la relación filial que constituía el fundamento de la identidad humana. Desde esa fractura interior surgieron también la ruptura entre el varón y la mujer y el deterioro de las relaciones sociales.

Sin embargo, el origen de la división y de la violencia no se encuentra en la creación misma, sino en la ruptura interior provocada por el pecado. La mentira del maligno —que presentó a Dios como un rival de la libertad humana (cf. Gn 3,4-5) y que Jesús identifica como «padre de la mentira» (Jn 8,44)— sembró la desconfianza hacia el Padre, oscureciendo la verdad sobre su amor y quebrando la relación filial que constituía el fundamento de la identidad humana. Desde esa fractura interior surgieron también la ruptura entre el varón y la mujer y el deterioro de las relaciones sociales.

Escondarse de Dios, es el origen de la confusión y desorientación de la vocación de vida del ser humano. Quien descarta a Dios vive para sí y encerrado en el propio proyecto egoísta e inmedatista. Es el rechazo a la trascendencia lo que lleva a perder el respeto por el prójimo y favorece la aparición de patrones culturales de desigualdad y de desvalorización de la dignidad humana, particularmente de la mujer. En esa ruptura se encuentra también el origen de una crisis que ha ido penetrando en nuestra sociedad costarricense: la pérdida, cada vez más extendida y dolorosa, de la cosmovisión occidental y cristiana sobre la persona humana, la familia y la sociedad.

Las figuras paterna y materna sufren un desgaste, una reformulación muchas veces negativa, y una pérdida de verdadera autoridad como consecuencia del individualismo radical y esclavizante, donde solo cuenta el propio *Yo* no satisfecho. Se pierde así el verdadero sentido de la vida en común en todos los órdenes y la sana autoridad como servicio que orienta el crecimiento del otro y no su dominio¹¹.

No todos comprenden la propia existencia como un don para los demás, como una ofrenda de sí mismos y una expresión concreta del amor. En este contexto, la mujer experimenta con frecuencia una presión cultural y socioeconómica que parece reducir la realización personal al éxito profesional y a la inserción en el mercado laboral. Sin duda, el acceso al trabajo y al desarrollo profesional constituye un derecho y una expresión de su dignidad; sin embargo, cuando esta dimensión se convierte en el criterio casi exclusivo para valorar su realización, se corre el riesgo de ejercer una forma sutil de violencia cultural. Bajo la apariencia de una mayor libertad, se relegan otras dimensiones igualmente esenciales de su vocación, como la vida familiar, la maternidad, la vida espiritual, el cuidado de los vínculos y el ejercicio de una libertad verdaderamente integral. La mujer termina así subordinando su proyecto de vida a una agenda impuesta por las exigencias de la productividad y del rendimiento.

¹¹ La palabra autoridad etimológicamente viene de la raíz latina *augere* que significa aumentar, promover, hacer progresar [...] La alegría del padre/pastor es ver que sus hijos crecieron y que fueron fecundos. Hermanos, que esa sea nuestra autoridad y el signo de nuestra fecundidad. FRANCISCO, *Discurso a los obispos centroamericanos durante la XXIV Jornada Mundial de la Juventud*, 24 de enero del 2019, 3.

IV. El regalo de la vida.

1. *El milagro de transmitir vida*

¿Cómo no pensar, de manera casi espontánea, en la maternidad cuando se reflexiona sobre la mujer y, de forma inseparable, en la paternidad cuando se contempla la vocación del varón? Ambas realidades, lejos de reducirse a un hecho biológico, expresan una dimensión profunda de la vocación humana al amor y a la entrega.

En la actualidad, diversas corrientes culturales e ideológicas tienden a desdibujar esta preciosa y natural vocación de la mujer. Constituye una forma de violencia cultural ejercer presión, explícita o implícitamente, para que renuncie a la maternidad o considere el matrimonio y la entrega familiar como obstáculos para su realización personal. Aunque tales planteamientos suelen presentarse como expresiones de libertad y autonomía, con frecuencia terminan promoviendo modelos de vida definidos por intereses ajenos a la verdad de su dignidad y de su vocación. De este modo, la mujer se ve impulsada a ajustar su proyecto de vida a agendas marcadas por criterios de productividad, consumo o autorrealización individual, relegando otras dimensiones igualmente valiosas de su existencia.

Esta forma de violencia, precisamente porque se reviste del lenguaje de la libertad, resulta más difícil de reconocer. Sus consecuencias no afectan únicamente a la mujer, sino también a la familia y al conjunto de la sociedad. Entre ellas se encuentra el preocupante invierno demográfico que atraviesa nuestro país, expresión de una crisis cultural que ha debilitado el reconocimiento del valor de la maternidad, de la paternidad y de la familia como bienes fundamentales para el futuro de la sociedad.

Proclamemos el evangelio de la mujer, que nos anuncia la grandeza de la vida humana, que reclama el cuidado amoroso y el espacio para desarrollarse integralmente. La violencia expresada en el desastroso, repugnante e inaceptable asesinato de mujeres, es punto de convergencia de múltiples descomposiciones: una antropología que valora desigualmente al varón y a la mujer, lo que es contrario a la voluntad divina, una antropología inmanentista, desvinculada de todo anhelo de trascendencia y eternidad, una antropología parcial e ideologizada que ensalza a la mujer, pero sin promover la verdadera y sana masculinidad; una antropología deconstructiva de la complementariedad del hombre y la mujer; en fin, un proyecto de persona donde cada uno se

construye a su antojo, ensordecido por ocurrentes ideologías y enceguecido por los falsos resplandores de estilos de vida consumistas y superficiales, que comprometen la dignidad humana en su multidimensionalidad (como personas, miembros de una familia, ciudadanos y seres espirituales). En resumen, es desfigurada la vocación al amor, distorsionando la perspectiva y finalidad de la sexualidad humana.

La dignidad de la mujer y del varón no puede comprenderse al margen de la verdad de la persona humana creada por Dios. Cuando se niega la diferencia y la reciprocidad natural entre ambos, no solo se afecta la comprensión de la sexualidad, sino que se debilita el fundamento antropológico de la familia y de la comunión humana.

Como advirtió el papa Francisco, ciertas expresiones de la ideología de género «niegan la diferencia y la reciprocidad natural de hombre y mujer» y proponen una comprensión de la identidad humana desvinculada de la diversidad sexual inscrita en la creación.¹² La diferencia entre varón y mujer no es una amenaza para la libertad, sino una riqueza que permite el encuentro, la complementariedad y la apertura al don de sí. Por ello, toda propuesta cultural que elimine esta reciprocidad corre el riesgo de empobrecer la comprensión integral de la persona humana y de debilitar los vínculos fundamentales sobre los que se sostiene la familia y la sociedad.

2. Dejémonos interpelar y transformar por el Señor.

Desde la belleza del amor entre el hombre y la mujer, un amor que, al ser participación del amor divino, abre horizontes de luz y esperanza, podemos reconocer que es el mismo Señor quien conduce la historia de quienes han sido creados a su imagen y semejanza. Esta vocación al amor no nace de ninguna forma de esclavitud, sino de la libertad más profunda: la libertad de entregarse, de donarse por el otro y de encontrar en esa entrega el camino hacia la propia realización.

Es la entrega de la vida por amor a la vida; no un sacrificio estéril que se pierde en el vacío, sino una verdadera oblación que conduce a la plenitud del ser

¹² Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia* sobre el amor en la familia, 19 de marzo de 2016, n. 56.

humano. Como enseña Jesús: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24). En la lógica del Evangelio, el don de sí mismo no disminuye a la persona, sino que la lleva a desplegar la grandeza para la cual fue creada. Desde esta perspectiva, toda entrega es gozosa.

No podemos permitir que la fuerza de vida sembrada por Dios en el corazón de cada ser humano sea truncada por la violencia social, institucional, familiar o física. No podemos acostumbrarnos, como sociedad, a que las noticias de agresiones, abusos y asesinatos formen parte de una normalidad que endurece nuestra conciencia. Cada vida herida tiene un rostro, una historia y un nombre.

Por eso, frente a discursos abstractos, genéricos o manipuladores, estamos llamados a mirar la realidad con los ojos de Dios: contemplar a la madre que sostiene una familia, a la niña que merece crecer en un ambiente seguro, a la joven que busca construir su futuro, a la mujer adulta que entrega sus talentos y capacidades, y a la mujer mayor que conserva una riqueza de experiencia y sabiduría. Es mirar también a la obrera, la ama de casa, la universitaria, la empresaria, la agricultora, la creyente y la que busca su camino de fe.

Cada una de ellas es una expresión concreta de la obra creadora de Dios y una llamada permanente al respeto, a la protección y a la promoción de su dignidad en todos los ámbitos de la vida social. La mujer no es un número, una categoría o un instrumento: es una persona única, amada por Dios y portadora de una riqueza propia que la sociedad está llamada a reconocer y valorar.

No podemos cerrar los ojos a la realidad, la historia humana tiene rostro de mujer, es un signo de civilización y compromiso en la construcción del Reino, que no se puede sustituir por ídolo alguno de poder, placer, dinero o éxito meramente humanos.

3. En verdad felices.

Llegados a este punto, proclamemos con alegría la esperanza que representa toda mujer. Detrás de cada rostro femenino hay una historia concreta: una vida marcada por sueños, luchas, heridas, esfuerzos, decisiones y gestos de amor que muchas veces permanecen ocultos. Si contempláramos cada historia con los ojos de la fe, descubriríamos cómo Dios sigue actuando en medio de las circunstancias más diversas y cómo la historia de salvación continúa escribiéndose en la vida cotidiana.

Incluso aquellas historias atravesadas por el dolor, la injusticia, el abandono o la fragilidad pueden encontrar un nuevo significado y ser transformadas por la gracia de Dios. No se trata de borrar las heridas del pasado, sino de permitir que el amor de Dios abra caminos de sanación, dignidad y esperanza.

Esta tarea comienza en cada creyente: reconocer la propia historia, dejarse acompañar e iluminar por la comunidad eclesial y descubrir que el Evangelio no se anuncia únicamente con ideas, sino con rostros, testimonios y vidas concretas. Los principios son necesarios, pero solo alcanzan su plenitud cuando se encarnan en personas que, desde su propia experiencia, hacen visible la acción de Dios en el mundo.

Toda persona, varón y mujer, está llamada a acoger las bienaventuranzas evangélicas y a proyectarlas en su propia vida y en la relación con los demás. El discurso programático de Jesús, conocido como el «Sermón de la Montaña», se inicia en san Mateo con el anuncio de las bienaventuranzas (cf. Mt 5,1-12), cuyo sentido es triple: proclaman la llegada del Reino de Dios, confiesan la acción salvadora del Señor en la historia y constituyen, al mismo tiempo, una llamada urgente a asumir la misión cristiana en el mundo.

Bienaventuradas las mujeres que, en la sublimidad de su ser, en sus corazones y en sus cuerpos, son respetadas y dignificadas continuamente como personas, sin ser cosificadas o utilizadas, desechando la malsana sujeción, dominio y control, personal o social. Contra toda forma de violencia, proclamamos: “Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados” (Mt 5, 5). A su vez, bienaventurados son todos aquellos que conscientemente protegen, defienden, cuidan, curan y acompañan a las mujeres víctimas de su anulación como personas, porque de esta manera han compartido sus lágrimas haciéndolas propias.

Por eso, animo a todas las personas de buena voluntad, organizaciones y discípulos de Cristo a continuar en esta misión de erradicar la violencia contra las niñas, las jóvenes, las adultas y las adultas mayores, en ello reconocemos un signo de la presencia del Señor. De igual manera, animo a quienes son constructores de reconciliación sana y auténtica del tejido relacional entre el hombre y la mujer, a continuar con esa laudable misión que requiere seriedad, paciencia, prudencia y sentido evangélico de esperanza en la conversión y así erradicar todo tipo de violencia y manipulación.

V. Su presencia protagónica.

1. En la familia¹³.

Bienaventuradas las familias que han contado, cuentan y contarán con la voz fuerte y nutriente de mujeres madres, abuelas, hermanas, esposas. Considero, como contenido fundamental de la evangelización: generar una cultura de escucha, diálogo y reconocimiento del aporte de cada miembro en las familias, para crear y sostener un ambiente de amor y concordia. Contrarrestamos así toda una mentalidad frente a la cual se ha reaccionado justificadamente, la anulación de la mujer y su relegación a un papel secundario.

«Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra» (Mt 5,5). Esta bienaventuranza revela la fuerza de quienes, desde la humildad y la confianza en Dios, construyen la paz y la comunión. En esta perspectiva, cada mujer está llamada a asumir, continuar y profundizar ese papel decisivo en la construcción de la unidad y la belleza del amor en la familia y en la sociedad.

Por ello, animo a todos a continuar promoviendo la educación y las verdaderas oportunidades para la mujer, fortaleciendo su protagonismo de primera línea en todos los ámbitos de la vida familiar y social. A los agentes de evangelización, los invito a acompañar procesos personales y comunitarios de conversión y maduración cristiana, con propuestas que reconozcan la riqueza propia de la vocación femenina y su misión en la familia y en la sociedad. Porque si no se anuncia abiertamente la redención en Jesucristo, no existe un fundamento sólido para la transformación de las mentalidades y de las costumbres.

2. En el mundo laboral.

Bienaventurada la sociedad que promueve y apoya la promoción integral del desarrollo de la mujer, sin menospreciar su vocación familiar. “Bienaventurados los que ahora tienen hambre y sed de justicia porque serán saciados” (Lc. 6, 21), son las palabras que el mismo Jesucristo dirige, también, como don a las mujeres que han luchado por la justicia, cuyos incontables testimonios ya reconoce la historia nacional, porque es tarea de todos, creyentes o no, ser agentes de la recta justicia en las relaciones económicas, sociales y de trabajo.

¹³ En Costa Rica, hay 1.526.337 mujeres que son madres, un 43,7% tiene sobre sus hombros la jefatura de su hogar. Instituto Nacional de Estadística y Censos. Compendio Estadístico 2023.

4. *El regalo de la maternidad.*¹⁴

Ante expresiones como «es mi cuerpo, es mi decisión», que corren el riesgo de reducir a la mujer únicamente a la dimensión de su corporeidad y convertir su cuerpo en terreno de disputa ideológica, proclamemos más bien: bienaventurada la mujer que reconoce, acoge y vive la dignidad de ser hija de Dios, porque no verá en su cuerpo ni en la maternidad un límite, una carga o motivo de vergüenza, sino una dimensión preciosa de su identidad y de su vocación al amor.

Bienaventurada la mujer que no acepta ser reducida ni por la mirada ajena ni por los intereses de turno, sino que descubre en sí misma una riqueza que merece ser acogida y promovida. Una dignidad que no la coloca en inferioridad frente al varón, sino en una relación de reciprocidad y comunión con quien está llamado a ser su compañero en el don de la vida y en la misión de construir juntos la familia y la sociedad.

Qué hermoso pensar en tantas personas creyentes y de buena voluntad que de múltiples modos luchan por la dignificación, respeto y aprecio de la maternidad, y apoyan a todas las madres en los desafíos y exigencias en todos los órdenes: desde el psicológico hasta el económico, porque son fuertes y valientes al acoger una nueva vida en su seno para darlo a luz y seguirle transmitiendo vida en su crecimiento y maduración como ser humano. Por eso animo a todos a asumir la valoración de la maternidad como bien fundamental, que no ha de ser antepuesto ni sujeto a criterios e intereses de menor valor. La familia sustentada en el amor de los esposos ha de ser una prioridad en todas las políticas públicas.

Es necesario afirmar con el Papa León “En vuestras familias, que no falte el coraje de tomar decisiones sobre la maternidad y la paternidad. No tengáis miedo de acoger y defender a cada niño concebido. Anunciad y servid el Evangelio de la vida. Dios es el amante de la vida. Por ello, custodiadla siempre con cuidado y amor.”¹⁵

5. *Luz en el hogar.*

¹⁴ Al 2023, hubo 20833 nuevas madres. Instituto Nacional de Estadística y Censos. Estadísticas vitales 2023. En total hay 1521096 madres en el país, considerando a las mamás de 15 años y más. De ellas un 19,6 vive con alguna discapacidad. Instituto Nacional de Estadística y Censos. Encuesta Continua de Empleo IV Trimestre 2023.

¹⁵ León XIV, audiencia general, 26 de noviembre 2025

Digamos con toda fuerza: bienaventuradas todas las mujeres que, desde el amor vivido en lo cotidiano, se entregan con generosidad hasta en los detalles más sencillos a quienes comparten su camino y su hogar. En esos gestos, muchas veces silenciosos y poco reconocidos, se hace visible la luz del Evangelio, porque «ustedes son la luz del mundo» (Mt 5,14).

Hemos de reconocer y agradecer tanto los pequeños actos de amor como las grandes acciones que humanizan la vida: el cuidado de los niños, el acompañamiento de los jóvenes, la cercanía con los enfermos, los ancianos y quienes atraviesan situaciones de fragilidad. Esta entrega constituye un aporte invaluable al bien común y, en muchas ocasiones, extiende el calor del hogar más allá de sus propios límites, acogiendo a otras personas necesitadas de protección, consuelo y esperanza.

La luz de tantas mujeres no siempre brilla en los escenarios visibles de la sociedad; con frecuencia ilumina desde la sencillez de la vida diaria, allí donde el amor transforma silenciosamente la realidad. Por tanto, hay que rechazar en toda su amplitud el menosprecio de parte de algunos, a la dedicación exclusiva de la mujer a su familia como si fuese un abuso inaceptable. Más bien se debe exaltar esta opción, pues es expresión de la riqueza humana presente en ellas, y contar con el total apoyo, incluyendo el económico, por parte de los demás miembros de la familia que perciben ingresos.

“Bienaventurados los que tienen puro su corazón porque ellos verán a Dios” (cfr. Mt 5, 8). Jesús dirige esta bienaventuranza a todas aquellas que lo tienen por roca firme de su vida y su misión en el hogar. Muchas de estas mujeres con su dedicación y oración han hecho crecer y madurar bastantes generaciones de costarricenses que han engrandecido nuestro país.

VI. Bendita presencia

1. Su identidad personal y social.

Ante la expresión machista «tenía que ser una mujer», que no solo revela un prejuicio, sino que desconoce y desprecia la inmensa contribución femenina a la construcción de la cultura, de la familia y del tejido social, respondamos con claridad: bienaventuradas todas las mujeres que, con sus palabras, sus gestos

cotidianos y sus sacrificios silenciosos, han escrito algunas de las páginas más luminosas de la historia humana.

Es necesario reconocer que la mujer no es una presencia secundaria en la construcción de la sociedad; es generadora y transmisora de cultura, portadora de una manera propia de comprender, cuidar y enriquecer la vida. Ha llegado el momento de rescatar y multiplicar aquellos relatos que hacen visible la capacidad humanizadora de tantas mujeres en los espacios más sencillos y, al mismo tiempo, más decisivos de la existencia personal y social.

Por ello, es urgente promover una cultura que valore el pensamiento, la creatividad y el aporte de las mujeres, creando espacios donde puedan participar plenamente en la construcción de una sociedad más humana, más justa y más fraterna. Porque allí donde una mujer aporta su inteligencia, su sensibilidad y su capacidad de entrega, la vida social no solo avanza: se humaniza.

Todos somos llamados a sobreponernos de las rivalidades y reivindicar con espíritu “evangélico” un mundo inspirado más en el respeto y el trato igual a la dignidad de cada uno; un mundo más pacífico y un mundo que sea el escenario de auténtica vivencia de hermanos, pues somos hijos de un mismo Padre. Bienaventurados pues, los que sacrifican los intereses personales y cultivan la vida fraterna y proyectos comunes, porque ellos se vacían de las ambiciones y de los ídolos que entorpecen el amor, tales como el poder, el dinero, el placer, el prestigio. Animo a los agentes de evangelización a producir con creatividad nuevas formas de promoción de estos valores en todos los ambientes.

2. Lo económico con rostro femenino¹⁶.

¹⁶ El 37,6% de las mamás tiene un empleo remunerado. Con respecto a las condiciones laborales de las madres costarricenses, según el INEC, para el segundo trimestre de 2023, un 44,4% se ubica en ocupaciones en el sector informal, mientras que un 55,6% tiene un empleo formal. De las mamás que están fuera de la fuerza laboral, hay un 86,4% que está disponible para trabajar, pero con limitaciones de edad o discapacidad o con obligaciones familiares y personales, mientras que un 13,6% son desalentadas, es decir, han dejado de buscar empleo en términos de distribución por pobreza un 16,8% de las madres está en pobreza no extrema y 7,7% está en pobreza extrema, y de las madres ocupadas un 17,7% tienen un título universitarias y un 64,2% tienen seguro por trabajo. Datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos. Compendio Estadístico 2023.

Por cada 100 hombres pobres hay 121 mujeres en la misma situación. El índice de feminidad de la pobreza disminuyó 3,8 puntos mientras que el de feminidad de la pobreza extrema aumentó 18,5 puntos en un año. CEPAL. Observatorio de Igualdad de Género, 2023. Disponible en: https://oig.cepal.org/sites/default/files/2023_ficha_costa_rica_final.pdf

Desde el amor cristiano afirmamos con convicción: bienaventuradas todas las mujeres que de corazón y acción humanizan la vida de todos, contribuyendo al bienestar general. En justicia merecen total reconocimiento personal e incluso económico, es el Señor quien nos llama a ser más justos y agradecidos; justos en el trato humano, y agradecidos por su testimonio de entrega generosa. Y, debemos reafirmar: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia porque ellos serán saciados” (Mt 5, 6). Hagamos referencia a todas las mujeres que luchan desde distintas posiciones, para que el reconocimiento y trato justo se haga realidad. Esta es una misión que corresponde a todos como discípulos de Cristo. Quienes dirigen el ámbito económico, han de promover formas solidarias y de emprendimiento que con una visión integral humanicen los espacios ocupados por las mujeres.

3. En las ciencias y la academia¹⁷.

Una afirmación que repugna: “la mujer no solo tiene que ser bonita sino también inteligente”. Vil prejuicio que se debe enterrar, porque con palabras de la Sagrada Escritura, estamos convencidos que “la mujer sabia edifica su casa” (Prov. 14, 1). Animo a todas las mujeres de la ciencia y la academia a continuar en su empeño por buscar lo mejor en la construcción del bien común, dedicándose con una exigencia que garantice fecundos frutos para toda la sociedad. Las invito a explorar cada vez más decididamente el misterio del ser humano y el llamado a la trascendencia, pues estoy seguro de que encontrarán luces que eleven de modo insospechado la labor noble que llevan adelante.

4. En el mundo de la política¹⁸.

Destaco el importante protagonismo cívico que hoy ejercen muchas mujeres en todos los niveles de la vida social y política costarricense. Constituye un hecho

¹⁷ Las mujeres se gradúan más que los hombres en los distintos niveles de educación universitaria, a excepción del nivel de doctorado. Si se considera los graduados universitarios en 2021. En el nivel de instrucción de Diplomado, Profesorado y Bachillerato, un 63,3 % de las personas graduadas son mujeres, y un 36,7% son varones. En Licenciatura y Especialidad profesional un 63,9% son mujeres y un 36,1% son varones. Y en el nivel de maestría un 55,3% son mujeres y un 44,7% son varones. Instituto Nacional de Estadística y Censos. Encuesta Nacional de Hogares 2022.

¹⁸ Considerando datos publicados a mayo 2022, 47,4% de los puestos de diputaciones son ocupados por mujeres, 54,6% de las ministras eran mujeres, 26,1% de los viceministerios eran ocupados por mujeres y un 41% de las instituciones autónomas eran dirigidas por mujeres. Instituto Nacional de Estadística y Censos. Infografía sobre el día internacional de la mujer 2023.

significativo que, en este momento de nuestra historia, tres de las más altas instituciones de la República —la Presidencia de la República, la Presidencia de la Asamblea Legislativa y la Presidencia del Tribunal Supremo de Elecciones— estén encabezadas por mujeres. Más allá de las legítimas diferencias de pensamiento o de valoración sobre sus gestiones, este hecho expresa un avance en la participación femenina en los espacios de mayor responsabilidad pública y constituye un signo esperanzador para las nuevas generaciones.

Dichoso nuestro país cuando reconoce, promueve y aprovecha los talentos de sus mujeres al servicio del bien común. La verdadera grandeza de una nación no consiste únicamente en que las mujeres accedan a puestos de liderazgo, sino en que toda mujer encuentre las condiciones necesarias para desarrollar plenamente su vocación y poner sus dones al servicio de la familia, de la sociedad y de la construcción de una cultura de la vida, de la justicia y de la paz.

Por tanto: “Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia porque de ellos es el Reino de los cielos ” (cfr. Mt 5, 10). Puede decirse de todas aquellas mujeres que, profesando la fe cristiana, han marcado decididamente y de modo constructivo la historia nacional. Animo a todas las mujeres a considerarse agentes activas de la vida política de sus barrios, distritos, cantones, provincias y la entera nación. Las invito a formarse y dejarse iluminar por el Magisterio Social de la Iglesia, cuyos principios han dado prueba de visión en la construcción política y social de nuestro país.

5. En la vida eclesial.

El protagonismo de la mujer en la historia de la salvación comienza incluso antes de la vida pública de Jesús. En el encuentro entre María e Isabel, el Evangelio nos presenta a dos mujeres que, llenas del Espíritu Santo, reconocen con gozo la presencia del Salvador. Isabel exclama: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!... Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno» (Lc 1,42.44). Antes de cualquier predicación o signo milagroso, la alegría mesiánica ya encuentra en estas dos mujeres un espacio privilegiado para manifestarse. Ellas anticipan, con su fe y su acogida, las maravillas que el Señor realizará en la historia.

Desde el inicio de la vida pública de Jesús, las mujeres ocuparon un lugar singular entre sus discípulos. El evangelista san Lucas recuerda que, junto con los Doce, «iban con él algunas mujeres» que habían sido sanadas por Jesús y que «los ayudaban con sus bienes» (Lc 8,1-3). Permanecieron fieles al Maestro cuando otros huyeron (cf. Mc 15,40-41), estuvieron al pie de la cruz (cf. Jn 19,25) y recibieron el privilegio de ser las primeras testigos de la Resurrección (cf. Mt 28,1-10; Jn 20,11-18). Desde entonces, la historia de la Iglesia ha estado marcada por la presencia discreta, perseverante y fecunda de innumerables mujeres que han hecho visible el rostro misericordioso de Cristo.

A lo largo de los siglos, muchas comunidades cristianas han encontrado en la mujer una presencia capaz de generar vida, sostener la esperanza y transmitir la fe. Con su entrega cotidiana, han sido auténticos testimonios de discipulado y una de las más bellas interpretaciones vivas del Evangelio. Basta contemplar la obra silenciosa de tantas religiosas y mujeres consagradas que han dedicado su existencia a la educación, al cuidado de los enfermos, de los adultos mayores y de los más pobres, a la promoción humana, a la evangelización y a la vida contemplativa.

Junto a ellas, innumerables madres de familia, catequistas, agentes de evangelización, misioneras y laicas comprometidas han sostenido la vida de la Iglesia con una fidelidad que pocas veces ocupa titulares, pero que constituye uno de los pilares más sólidos de la misión evangelizadora. Mujeres que han puesto al servicio del Evangelio todas sus capacidades humanas y espirituales, haciendo palpar muchos corazones de auténtico amor al Señor. La capacidad intelectual de muchas, puesta al servicio, son punto luminoso en nuestra vida eclesial.

VII. CONCLUSIÓN:

¿Qué mejor manera de concluir esta reflexión que volviendo la mirada al misterio mismo de la salvación, donde la mujer ocupa un lugar querido por Dios desde toda la eternidad? La historia de la redención no puede comprenderse sin el «sí» de una mujer. En María, toda mujer descubre la grandeza de su vocación, porque Dios quiso confiarle el acontecimiento decisivo de la Encarnación de su Hijo.

Por ello, resuenan con singular fuerza las palabras de san Juan Pablo II:

«La mujer se encuentra en el corazón mismo de este acontecimiento salvífico. La autorrevelación de Dios, que es la inescrutable unidad de la Trinidad, está contenida, en sus líneas fundamentales, en la anunciación de Nazaret. “Vas a concebir en tu seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo” (Lc 1,31-32).»¹⁹

Sin duda que la presencia protagónica de la mujer en el momento culminante de nuestra historia de salvación ha de conmovernos y comprometernos cada día más, a darle el lugar que le corresponde en nuestro caminar humano y eclesial, teniendo muy claro que no se trata de una mera concesión social, es voluntad de Dios.

Y, precisamente si respondemos a la voluntad de Dios estaremos avanzando de manera segura, pues, bien sabemos que es el Espíritu quien guía nuestra historia, inspirando cada paso que demos, todo para nuestro bien. Y como es el Espíritu quien nos conduce, Él que es comunión, sabemos que en su dinámica no existe competición alguna, sobre quién es primero y el que sigue, sobre quién es el más importante, sino que atendiendo a sus mociones, hombres y mujeres, mujeres y hombres de todas las edades y condiciones, continuaremos construyendo una patria que siga resplandeciendo por la vivencia y respeto a la justicia, el fortalecimiento de una educación de calidad para todos, ofreciendo oportunidades de empleo digno, valorando y fortaleciendo las instituciones de bien social que tanto han generado a lo largo de la historia, mirar personas, no solamente números.

Al poner estas consideraciones en sus manos, deseo vivamente que se reflexionen y se proyecten en la acción evangelizadora, y de esta manera continuar fortaleciendo la comunión conforme nuestro Proceso Pastoral Arquidiocesano, en una más abierta sensibilidad por el rostro femenino en la sociedad y la Iglesia, seguros que nos seguiremos enriqueciendo de manera integral, siendo justos en destacar su protagonismo en todos los mementos de la historia.

Invoco la intercesión del Justo José, esposo de nuestra Madre Santísima, ejemplo de humildad, obediencia y auténtica masculinidad, para que, como él, asumamos una actitud de total disponibilidad a la voluntad de Dios. Abracemos

¹⁹ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Mulieris dignitatem* sobre la dignidad y la vocación de la mujer con ocasión del Año Mariano, 15 de agosto de 1988, n. 3.

con valentía los riesgos necesarios para hacer presente a quien es la Fuente de toda vida, Jesucristo Nuestro Señor.

De igual manera, nos ponemos bajo la poderosa intercesión de Nuestra Madre Asunta al Cielo, mujer en toda la expresión de la palabra, quien con su "sí" generoso y fiel se convirtió en la madre por quien nos ha llegado la verdadera vida, para que, siguiendo su ejemplo, seamos portadores de esperanza, amor y verdad en el mundo.

Mi sincero y especial saludo de felicitación y bendición a todas las madres.

En la Sede Arzobispal el quince de agosto de 2026, Solemnidad de la Asunción de María.

+José Rafael Quirós Quirós
Arzobispo de San José